

Cuadernillo de Poesía Colombiana

No. 85

**Blanca Isaza de Jaramillo Meza**

Ediciones de Universidad Pontificia Bolivariana

## BLANCA ISAZA DE JARAMILLO MEZA

Por Javier Gutiérrez Villegas

Desde la remota infancia, en los nativos breñales abejorraleños, oímos hablar de Blanca. Nuestra generación se abrió paso, por los vericuetos del alfabeto, a la lumbre de sus páginas inefables. Un maestro, de la estirpe de aquellos Betancures que tanto lustre dieron a la educación, abandonaba los viejos manuales de lectura para ofrecernos, en bella y torneada caligrafía, sus modelos magistrales, en prosa y en verso. Desde entonces nos es familiar su itinerario, silenciado ayer, en los puertos de la muerte. Las rancias virtudes de sus mayores, la sabiduría simple, el amor a las cosas elementales, el culto a la belleza, la constancia, la dulcedumbre provinciana, atributos de alma grande, lo enmarcaron, con privilegiada abundancia.

El Departamento del Sur, el desmembrado Caldas de hoy, fue, en gran parte, obra titánica de nuestros paisanos. Fueron abejorraleños, sonsoneños y marinillos quienes, recua adelante, la cruz y el hacha como insignias, rompieron la selva, hollaron los cristales del Ruiz y erigieron, sobre cumbres y abismos, la capital hidalga. Así, dice Jorge Isaacs, así nació Salento y Manizales fue. En busca de mejores tierras, hechizados por la fama del Quindío, nuevo Dorado para la raza aventurera y andariega, alzaron tolda, por todos aquellos confines. Abejorral era, de otro lado, ruta obligada hacia el interior del país. "Irse para arriba" era domar la cordillera, trepar a Aguadas y a Salamina, llegar a Manizales y seguir camino abajo, hacia el paraíso del café. Se requería vencer la hondonada del Arma, calificada por Uribe Angel de "terrible", por ser acaso, lo más doblado y cerril de la geografía antioqueña. Muy niña, Blanca siguió aquella vía de fundadores. En alborozada página de añoranzas nos relata su tránsito, a espaldas de un peón, atada con cintas, al fondo de una silleta de madera.

Como tantas cepas antioqueñas, aquélla halló en Caldas, nueva patria. Blanca formó con Juan Bautista Jaramillo Meza, antioqueño también y hermano suyo en el arte, la que Guillermo Valencia llamó "excelsa pareja lírica". Desde entonces, la ciudad de Manizales fue cálido hogar, sede de sus afanosas inquietudes mentales, escenario de todos sus quehaceres.

La casa de la familia Jaramillo Isaza fue, por muchos años, tertulia de puertas francas. Por allí desfiló lo más selecto del saber y del pensar: escritores y pintores, músicos y escultores, políticos y gobernantes. La biblioteca fue cátedra viva. Riquísima en sus tesoros, allí enfilaban

incontables obras, dedicadas por los propios autores. Siempre nos sedujo, enmarcada en fina moldura, la consagración de los poetas, por el Maestro Valencia. Al pie de un retrato suyo, en su época triunfal, con fino pulso consigné el payanés su juicio respetable. Ningún recuerdo guardaron, con tanto celo, como las cartas adoloridas de Barba Jacob. Jaramillo Meza y Blanca fueron su oasis. Hasta allí llegó un día del año 28, carcomido de torturas físicas y torcido por la pobreza y la incomprensión. La casa de Manizales fue su casa. Hasta el día en que, de regreso a México, abandonó la patria, para ir a morir, tuberculoso, en un hospital.

Esta casa, nos dijo un día Blanca, es todo nuestro patrimonio. Tiene basamentos líricos y pilares líricos y tejas líricas. La hemos levantado, Juan Bautista y yo, con el fruto de nuestra pluma. Era todo su orgullo. Con aquella descendencia adorable y múltiple, los libros confidentes, los cuadros antiguos, los recuerdos de familia, el ámbito poblado de caras memorias. Modelo de hogares, suave remanso, arcadía al fin, de espíritus selectos. Y arriba un retazo de sol y por patios y corredores, flores y pájaros, encanto de aquella enamorada de la naturaleza.

Repetidamente se ha comparado a Blanca, con Gabriela Mistral. En su profunda modestia, aquel parangón hería a quien no deseaba salir de la órbita ínfima de sus querencias, del mínimo recinto provinciano. Las hermanas, sin duda, la tersura del verso, la sencillez, la transparencia, la sutil onda del sentimiento. Y los afectos gemelos, dispuestos a pulsar la cuerda ante los troncos del amor materno, el reclamo infantil, la abscondita belleza de las cosas, el encanto universal.

Desde hace años, el dolor se había cebado en aquel hogar. Y la poetisa, constante seguidora de Cristo, se cosió, definitivamente a la cruz. A sus pies nacieron, consteladas de santa resignación, signadas de agudas púas, empapadas en sangre, sus últimas páginas.

Dejó, sin duda, muchas obras inéditas. En la revista "Manizales", mes por mes, nos legó, hasta ayer, su terso mensaje literario. Su obra completa (mas de 10 volúmenes), es de las más copiosas y finas que puede exhibir un letrado y ocupa, con justa razón, sitio decoroso en el panorama de las letras castellanas.

Aunque la muerte la sorprendió, inesperadamente, Blanca la presentía. Y la cortejaba con la serena impavidez de los justos: "Y llegará por fin una mañana, - igual a tantas otras, - llena de claridad y florecida - de pájaros y rosas. - Pero yo estaré quieta, - dormida entre mi caja de caoba, - con las manos cruzadas y en el labio, - ya la palabra rota"

## CANTO A ANTIOQUIA

Qué grato es evocar en el otoño,  
con el humilde corazón en fiesta,  
el paisaje de rosas y laureles  
de la Antioquia materna.  
Qué música en sus ríos,  
qué fragancia en los pinos de la sierra.

De la soberbia cima platinada  
que fuego y oro entre su entraña lleva  
y es mirador augusto de la patria  
que el ala de los cóndores oreá,  
miro al valle feliz que prende al hombro  
de su capa torera  
broches de gualandayes y pompones  
fúlgidos de libélulas,  
al valle promisor donde fue fácil  
que la planta de Dios se detuviera.  
Si fue fulgor nostálgico en mi canto  
el recuerdo amoroso de mi tierra.

Voy hasta el corazón iluminado  
de la ciudad que encierra  
la ilusionada clave del futuro,  
de la que en justa síntesis serena  
alza sobre sus fábricas ruidosas  
del arte la bandera;  
pueblo, crisol de amor en que se funde  
con oro de emoción y de belleza,  
con bronce de altivez y de trabajo  
el molde austero de una raza nueva.

Desde la infancia azul traje en el alma  
como un floral esquema  
desdibujado en nácar y cobalto  
el alegre paisaje de mi tierra;  
la gracia primordial de la mañana  
niña que se entretiene por los sierras  
abriendo en el verano  
su millón de sombrillas japonesas,  
que respunta con hilos de topacio  
el vuelo musical de las abejas;  
y me traje las tardes  
de sandalia violeta  
que vuelcan en la paz de las colinas  
sus ilusorias cestas  
de ópalos, colmadas

de bugambiles y de veraneras;  
y no olvidé las noches  
fragantes de pomares,  
randadas de luciérnagas,  
noches propicias al cantar y al puro  
vuelo de las ideas.  
Qué renovada luz en los paisajes  
de espigas y de robles de mi tierra.

Ah, Medellín, ciudad que en abolido  
y castellano gesto de nobleza  
escucha entre el vibrar de los motores  
la frágil melodía del poema;  
rica ciudad del oro y de la industria  
que en medio a su titánica tarea  
corta en jardines de emoción las rosas  
para ceñir la sien de sus poetas,  
y prende al caduceo de Mercurio  
las alas de cristal de la quimera.  
Te labraron en piedra y en espíritu,  
ciudad blanca de América.

Canaán de la raza, ennoblecida  
por la fe y el amor, hidalga tierra  
que por seguir la lírica consigna  
del hijo del dolor y la belleza,  
el dulce ruiñeñor alucinado,  
el hierro invicto entre las manos lleva  
con donairoso gesto,  
porque a su cuello de titán le pesa.  
Juntas al brazo vencedor de Esparta  
el armonioso corazón de Atenas.

Retoco con pinceles de recuerdo  
la estampa pintoresca  
de mi nativo pueblo; las colinas  
que vestía en azul la primavera  
con sus olanes claros, los jardines  
que ardían en un fuego de camelias,  
los huertos providentes,  
los toches de azabache y de candela,  
el viento que pasaba  
cantando sus maitines en las eras,  
la iglesia que entre un vuelo de palomas  
destacaba su torre plateresca,  
la ingenua serenata que gemía  
nostálgicos pesares en la reja,  
la paz llena de risas  
de la antigua casona solariega

y en su morena gracia castellana  
esa amorosa imagen de la abuela,  
que pasó por mis años infantiles  
blancos el corazón y la cabeza,  
Tierra donde afianzaron mis mayores  
su estirpe de cristianos y poetas.

De la ciudad que un símbolo fraterno  
en el escudo nobiliario lleva,  
y a cuya sombra tutelar mi mano  
fijó en amor la lona de la tienda  
y cosechó con desvelado empeño  
dolor de espino y gozo de reseda,  
yo te saludo, Antioquia,  
en la gracia floral de tus mujeres,  
sulamitas morenas  
que copiaron la euritmia de su paso  
al rítmico vaivén de tus palmeras;  
que llevan en sus labios  
la dulzura inicial de las colmenas  
y en las hondas pupilas el embrujo  
de tus noches de música y estrellas.

Yo te saludo, Antioquia, en el orgullo  
de tu raza proceras  
y de tus tradiciones de heroísmo  
y del verbo augural de tus poetas;  
te saludo en tus ríos y en tus cumbres  
que florece de nardos la neblina,  
en el bosque de piedra  
que forma la orgullosa arquitectura  
de tus alegres fábricas modernas,  
en el agro fecundo,  
en la idílica paz de tus aldeas,  
en tus varones de prestancia criolla  
y en tu sabor arcaico de leyendas.

En el léxico puro del carifio  
la voz de gratitud que tradujera  
lo que mi alma siente  
humilde el labio en su emoción no encuentra.  
Pasa por mis jardines otoñales  
un aire de palomas y violetas.  
Si ya de nueva claridad ungido  
en el rito de gloria de mi tierra,  
hasta el límite blanco del invierno  
irá mi corazón en primavera.

---

## CANTO A MANIZALES

Qué bien que te fundaron los abuelos,  
esos hidalgos de ascendencia vasca  
que de acero y de lino parecía  
que tuvieran el alma,  
humilde y fraternal como la espiga  
y dura como el hierro de la lanza.

Qué bien que te fundaron los abuelos  
de frente al porvenir, abierta y clara.

Desde la Antioquia maternal vinieron  
a la conquista de la selva brava;  
nobles aventureros que traían  
en la homérica hazaña,  
la fe en el corazón y el brazo fuerte  
tendido al sol, que sólo manejaron  
como invencibles armas  
a lo largo del bosque de la vida  
el rosario y el hacha.

Qué bien que te fundaron en la cumbre  
ciudad iluminada.

No sé si te dejaron extendida  
del Ande en la soberbia escalinata  
como un manto andaluz, o si galantes  
te prendieron igual que una medalla  
al traje esmeraldino  
del viejo abuelo de peluca blanca.

Pero se ven más claros los luceros  
desde tu altura, mi ciudad amada.

Los creyentes hidalgos campesinos  
te fundaron tan alta  
para que se pudiera contemplarte  
de todos los confines de la patria;  
encima de tus cúpulas altivas  
sólo el vuelo del ala platinada  
que vence las tormentas  
o el vuelo de las águilas.

Qué resplandor de nácar damasquina  
tu concha de montañas.

Si en titánico empeño has dominado  
esta geografía dislocada

de abismos y vertientes,  
de riscos y hondonadas,  
es porque en ti afianzaron los abuelos  
el indomable orgullo de la raza.

Joven ciudad ilustre  
sobre el pavés de la ambición alzada.

Eres cordial y buena como el trigo;  
limpia de pequeñez como la espada  
con que Rodrigo de Vivar un día  
cruzó por la leyenda castellana;  
hinchida de promesas como el oro  
que es rubia sangre de tu oscura entraña,  
docta como Minerva,  
ligera y juvenil como Atalanta.

Ah, mi ciudad, que al hierro y al cemento  
mezclás la rosa y la canción y el ala.

No sé si es más hermosa  
tu estructura severa  
al resplandor de la celeste fragua  
en que el ocaso quema  
el añil y la púrpura y el gualda,  
o cuando tus jardines son alfombras  
tejidos de claveles  
para el pie de jazmín de la mañana  
que cubre con sus chales sevillanos  
los hombros de las cumbres níqueladas.

Ciudad de los paisajes que se quedan  
hechos luz de recuerdos en el alma.

Cómo olvidar un día,  
cuando con sus banderas desplegadas  
llegaron las legiones del estrago  
bajo la noche aciaga.  
Y al avance anarquista  
del fuego, en tu dolor purificada,  
eras vívida antorcha de martirio  
entre la sombra trágica.

Fuiste entre el esplendor de tus alcores  
un nuevo alcor de llamas.

En cárdeno oleaje eras un débil  
barco que naufragaba,  
un cinturón candente de rubies  
ceñido al talle azul de la montaña;



desde tus torres góticas  
vasto clamor alzaban  
en medio a la locura del incendio,  
—bronce y oro y angustia— tus campanas.  
Qué resplandor siniestro el que tenía  
en tus columnas mútilas el alba.  
Ante el flagelo de la dinamita  
toda indefensa de pavor temblabas;  
contra el cielo de cobre parecías  
como un bosque de encinas escarlata,  
una fúlgida selva sacudida  
bajo implacable racha,  
por los salvajes potros del espanto  
en un galope bárbaro cruzada.

No en vano te fundaron en la altura  
de frente al porvenir y a la esperanza.

Fiel a los postulados de heroísmo  
de las gloriosas épocas pasadas,  
la tradición ilustre del derecho  
has mantenido intacta.  
Ah, mi ciudad, que has sido  
soñadora y gallarda,  
lista a prender la rosa del romance  
sobre la empuñadura de la espada.

Qué bien que presintieron los abuelos  
el noble escudo de tu puerta franca.

Moderna y deportista y jubilosa,  
en piedra, en sueño y en virtud labrada,  
para la sien de los atletas cortas  
en tus jardines las esquivas palmas.  
A la cálida arena del estadio,  
cual un trofeo tu entusiasmo lanzas;  
como a la antigua Atenas, te saludan  
los héroes de la olímpica jornada.

Por algo te fundaron los abuelos  
en donde el viento de las cumbres canta.

Tienen nórdico encanto tus paisajes  
cuando la niebla pasa  
posando en el frescor de tus colinas  
su ligera sandalia;  
y en el júbilo ardiente del verano  
eres floral y pintoresca y grata  
y luces capelinas de geranios  
y mantones de sedas estampadas.

Ah, mi ciudad, que viste  
blanco y azul como las colegialas.

Compartes el dolor de los vencidos;  
a los que en las inhóspitas barriadas  
en el silencio apuran su miseria  
como un áspero jugo de retamas,  
en discreto ademán tiendes la mano  
que la piedad exalta,  
y floreces de lirios los zarzales  
tal como en la parábola cristiana.

Qué bien que te acendraste en la dulzura  
eterna del Sermón de la montaña.

Es tuyo el porvenir: el Arte escuda  
tu historia de martirio jalonada  
y acompasa la música del verso  
al acerado ritmo de tus fábricas.  
Tuyo es el triunfo y tuyos los caminos  
nuevos y luminosos del mañana,  
crisol en que se funden los metales  
insignes de la raza.  
En el rizado mar de las colinas,  
nave en reposo te quedaste anclada.

Se llevaron tu imagen los abuelos  
lo mismo en las pupilas que en el alma.

---

## TU Y YO

Juntos miramos el invierno, y llega  
de este paisaje en blanco una dulzura  
que nos recuerda la inicial ternura  
con que al ensueño el corazón se entrega.

Aunque la tarde a la distancia pliega  
sus abanicos de fulgor, perdura  
la luz en nuestras vidas, y madura  
está la mies para la augusta siega.

Fuimos al arte y la belleza fieles,  
cosechamos espinas y laureles  
en el azar de la jornada intensa.

La muerte apenas separarnos puede  
y qué congoja sentirá el que quede  
solo en el borde de la noche inmensa!

## EMOCION MATINAL

Hay una luz cordial y un aire fino  
que tienden una gasa luminosa  
sobre el paisaje dibujado en rosa,  
y en cobre ardiente y en azul marino.

En el amplio horizonte cristalino,  
niña descalza, la mañana posa  
los leves pies de nardo, en la gozosa  
estampa pastoral de un gobelino.

Cual la mínima gota de rocío  
copia todo el jardín en miniatura,  
quiere copiar el pensamiento mío

este sol, este valle, esta armonía  
y esta lírica savia de dulzura  
que nutre el árbol de la poesía.

---

## A T A R D E C E R

Tiene la hora el amoroso encanto  
de un poemario de Ronsard; parece  
que la tarde estival que palidece  
deja olvidado en el palmar su manto.

Hora propicia a la elación del canto;  
un viento suave los pinares mece  
y a lo lejos la luz se desvanece  
en una perspectiva de amaranto.

Ante el postrer fulgor evanescente  
en humildad mi corazón presente  
que se aproxima el tiempo de la siega.

Se va la claridad de mi sendero,  
pero el milagro del primer lucero  
al horizonte y a mi vida llega.

---

## LOS GUALANDAYES

Con estos gualandayes florecidos  
parece arder el aire; una dulzura  
elemental aflora la ternura  
reminiscente de los tiempos idos.

En lila y en azul desvanecidos  
es cual si navegaran en la altura  
claros veleros de trivial hechura  
por infantiles manos conducidos.

De la palmera el musical desgonce  
le da a la móvil lámina de bronce  
del lento río, una ilusión de encaje.

Alzan los gualandayes su bandera  
y es como si la tarde estableciera  
su cuartel general en el paisaje.

---

## NOCHE DE ENERO

Puesto al desgaire su mantón fiestero  
bajo la noche azul por las colinas  
y sobre las fogatas campesinas  
salta la brisa musical de enero.

El oro antiguo del primer lucero  
filtra sus claridades opalinas  
por entre las fugaces muselinas  
que el viento rompe con su pie ligero.

Acompasan los últimos cantares  
la rapsodia del viento en los pinares  
y del río las finas barcarolas.

Mientras la noche confidente avanza,  
con el amor, la pena y la esperanza  
está por fin mi corazón a solas.

---

## DULZURA DEL RECUERDO

Mientras —notas de un vivo pentagrama—  
las golondrinas con su breve vuelo  
rayan el lapislázuli del cielo,  
ansiosamente el corazón te llama.

Torna al hogar mi espíritu que ama  
todas las cosas dulces; claro velo  
de nardo y de jazmín y de asfodelo  
flota sobre el abierto panorama.

Hay una paz eglógica que viene  
con esta fuga de la luz, y tiene  
yo no sé qué recóndita emoción.

Agiles vientos los guadales rizan  
y en el silencio augusto fraternizan  
el río y el azul y mi oración.

---

## LA HORA ILUMINADA

Esta luz invasora en el paisaje  
trae hasta mi recuerdo la **dulzura**  
de la infancia lejana, y esa pura  
simplicidad que del ayer me traje.

Bajo la marquesina del ramaje  
el arroyo en cristal se transfigura,  
y a solas con los písamos murmura  
cual si rezara al iniciar el viaje.

Los guayacanes en la copa ardiente  
de su maravillosa florescencia  
se roban todo el oro del poniente.

Y pienso que este tono de violeta  
y este sol y esta honda transparencia  
fueran el sueño de un pintor poeta.

---

## NOCTURNO

La noche baja por las cordilleras  
prendida al hombro fúlgido la rosa  
última de la tarde. En armoniosa  
genuflexión se inclinan las palmeras.

Arden a la distancia las hogueras  
de las futuras siembras; melodiosa  
la brisa se columpia en la gozosa  
curva de las floridas veraneras.

Al amor de la noche veraniega  
mi dolorido espíritu se entrega  
a devanar la seda del recuerdo.

Y en la sombra de estrellas facetada,  
con el alma en angustia depurada  
y a flor de labio la canción, me pierdo.

---

## LAS MONTAÑAS

Cúpulas de soberbias catedrales  
en donde gusta de enastar el día  
como un guerrero joven, la osadía  
fugaz de sus banderas imperiales.

Bastiones que con trazos desiguales  
cortan la iluminada lejanía,  
y encierran en su alegre geometría  
paraísos de orquídeas y rosales.

Esta raza antioqueña que se empina  
en sus montañas fértiles, domina  
los horizontes de la patria, y tiene

el alma buena tras el gesto duro  
y hacia el mañana incógnito el seguro  
paso marcial que su altivez sostiene.

---

## MADRE TIERRA

Madre Tierra que tienes  
en el fértil regazo florecido  
clave de eterna juventud, sostienes  
con igual armonía,  
madre maravillosa,  
desde la copa del volcán que es rosa  
de fuego en los jardines del espanto,  
hasta la candorosa geometría  
del nido —copa exigua—  
que hace sonora la virtud del canto.

Madre Tierra que vives ataviada  
como para las fiestas estelares,  
con el traje de baile de los mares  
y el amarillo chal de los desiertos  
bordado con macizos de palmera.

La tormenta te clava  
sus peinetones de oro  
sobre la testa brava;  
a tu capa de noche  
prende la luna su ambarino broche,  
te enjoya de amatistas el ocaso,  
te cosen las cascadas  
diáfanas alamares  
y el escarpín de raso  
te calzan las nevadas  
extensiones polares.

Madre Tierra, tu entraña generosa  
labora sin fatiga  
y a nuestro afán constante  
te brindas toda entera y numerosa,  
lo mismo en el milagro de la espiga  
que en la policromía de la rosa.

Nada altera tu ritmo; reverdeces  
bajo el galope rudo  
de las cuadrigas locas del estrago;  
la misma gracia ofreces  
en la montaña que su lomo enarca,  
en la redoma de zafir del lago  
y en el pérfido vidrio de la charca.

Cordial y resignada  
no gimes bajo el golpe de la azada

con que tu seno maternal herimos  
y como en una nueva eucaristía  
nos das tu sangre toda en la ambrosía  
y el purpúreo frescor de los racimos.

Parece que llevaras escondido  
el resplandor solar en las entrañas  
cuando al tajo sonoro  
de la piqueta, en el basalto herido  
surge la vida floración del oro.

Poderosa alquimista  
que la apretada noche de la hullera  
puntuas con la arista  
vívida del diamante y atesoras  
en la esmeralda el esplendor marino  
y en la perla el rubor de las auroras.

Te añías en la tarde de verano  
bajo el poniente de cromado lila  
que te da el virgiliano  
tono feliz de frutecida estampa,  
y es amorosa tu virtud tranquila  
en el ombú perenne que vigila  
el oleaje verde de la pampa.

Por tu amor, en las noches armoniosas,  
en la florida paz de los jardines  
arden en juego blanco los jazmines,  
son incensarios de marfil las rosas,  
te riegan las luciérnagas en fuga  
su limalla de estrellas en el manto  
y tú, madre, nos haces  
más honda y dulce la emoción del canto.

Ríes cuando te ciñe Primavera  
sus asiáticos tules  
franjados de libélulas azules,  
tiemblas bajo la antorcha  
viva de tus volcanes  
y desriza tu fértil cabellera  
el abanico de los huracanes.

Humilde y vigilante,  
por nuestras manos fuertes roturada,  
nos das el pan y el vino en la constante  
oblación de tu entraña inagotada.

La vida multiforme  
entre la hondurá de tu seno fragua;



tú nos das la uniforme  
gracia pura del agua,  
servidora discreta,  
dúctil y cristalina,  
que azula el corazón de la violeta  
y glorifica el palio de la encina.

Madre Tierra armoniosa,  
que cuando ya cortemos  
en los vastos trigales de la suerte  
el haz de luz de la postrera espiga,  
en tu regazo maternal hallemos  
amoroso descanso a la fatiga  
y que tú, madre fuerte,  
nos florezcas de blancos crisantemos  
los áridos collados de la muerte.

---

## MOTIVO OTOÑAL

Desde este sitio amable del sendero  
donde al amparo gris de la otoñada  
la móvil tienda se quedó afianzada  
libre de iluso afán aventurero,

miramos hacia atrás: postrer lucero  
fija aún con tachuela platinada  
la cesta de cristal de la alborada  
sobre el collado del amor primero.

El paisaje otoñal que está delante  
ofrece intacto el esplendor joyante  
del matiz inicial de la esperanza,

y que ya somos viejos comprendemos  
sólo por la emoción con que ascendemos  
el mirador cordial de la añoranza.

---